



Ernst Zürcher

EL PULSO DE LA TIERRA

Caminar en la naturaleza

Zürcher, Ernst

El pulso de la tierra: caminar en la naturaleza / Ernst Zürcher - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Cactus, 2026.

112 p.; 22 x 15 cm - (Occursus; 66)

Traducción de: Pablo Ariel Ires

ISBN 978-631-6714-07-7

1. Filosofía de la Naturaleza I. Ires, Pablo Ariel, trad. II. Título
CDD 100

Título original: *Le pouls de la Terre*

Autora: Ernst Zürcher

© Les Editions de la Salamandre 2023

© Esta edición, Editorial Cactus, 2026

Traducción: Pablo Ires

Maquetación: MA

Impresión: Latingráfica SRL

ISBN: 978-631-6714-07-7

IMPRESO EN LA ARGENTINA *** PRINTED IN ARGENTINA

🌐: www.editorialcactus.com.ar

✉: info@editorialcactus.com.ar

Ernst Zürcher

EL PULSO DE LA TIERRA

Caminar en la naturaleza

Traducción de **Pablo Ires**



Editorial Cactus

serie **OCCURSUS**

ISSN 1579-4102
Y 5828

ÍNDICE

Los caminos de la infancia	9
Ir hacia el mar	17
Un equipaje simple, un alimento natural	29
Los "saberes-gestos" del cazador-recolector	35
¿Cómo hacer para que reviva el vínculo con la naturaleza?	41
El aire del bosque, la tierra y el agua	51
El canto de la naturaleza	59
Los ritmos de la Tierra	67
Caminar con el universo	77
Moverse descalzos, dormir en el suelo	89
El misterio de las sincronicidades	95
Peregrinaje y trabajo de aprendiz para un mundo en emergencia	101
Retorno a lo esencial y a la alegría	105

Los caminos de la infancia

Hay para mí como un misterio que envuelve mi recuerdo más antiguo: se trata del día en que di mis primeros pasos conservando el equilibrio. Debía tener apenas poco más de un año, me había parado apoyándome contra la pared blanca del corredor; vacilando pero caminando libremente, entré en la cocina ante la sorpresa y los aplausos de mi familia reunida alrededor de la mesa para la comida. Era el tercero de cuatro hijos.

¿Cómo puedo recordarlo, todavía hoy? ¿Cómo exactamente se hacen y se deshacen los elementos que guardamos en nuestra memoria? La cuestión es complicada pues, por una parte, tenemos recuerdos auténticos y, por otra, representaciones construidas a partir de lo que nuestros allegados, los que nos vieron crecer, nos contaron.

Un estudio llevado adelante en 2014 por psicólogos de la Universidad de Emory, en los Estados Unidos, reveló hasta qué punto nuestra capacidad de conservar “verdaderos recuerdos” varía según la manera en que esa memoria es solicitada desde la más temprana edad. Mientras que los niños de cinco a siete años recuerdan

el 60% de los eventos del comienzo de su vida, los de ocho a nueve años retienen menos del 40%. Este fenómeno, calificado de “amnesia infantil”, no es inevitable: el estudio, llevado a cabo con ochenta y tres niños interrogados de manera regular por sus padres, muestra que los niños que más recuerdos conservaban a los nueve años eran aquellos a quienes los padres habían alentado a que se expresen más sobre sus recuerdos cuando solo tenían tres años, edad en la que emergen, por lo general, las primeras rememoraciones¹. Es una edad en la que el niño comienza también a tener conciencia de ser una persona aparte, que se distingue de su entorno y que dice “yo”, “yo quiero”. Los especialistas mencionan sin embargo que podemos tener primeros flashes que se remontan a los dieciocho meses, dos años. Creo, en este caso, que mis primeros pasos están inscritos en este tipo de flash.

Vivíamos en el centro de un pequeño poblado campestre del Jorat en la Suiza francesa, rodeado de bosques, entrecortado por setos y adornado de vergeles y árboles frutales, frente al inmenso panorama de los Alpes. Estos resplandecen sobre todo durante las primeras nieves; parecían inalcanzables cuando hacía buen tiempo, y muy cercanos cuando la lluvia venía llegando.

Por ese entonces, en los años 1950, ese poblado agrícola que combinaba ganadería y cultivos de cereales y papas se encontraba en la transición hacia la modernidad, con todo lo que esto tenía reservado para el campesinado. Los vecinos más cercanos de la lechería-quesería en la que crecí fueron los últimos en conservar sus caballos de tiro. Un poco más alto en el poblado se encontraba la herrería con su fogón de destellos intimidantes, que liberaba un olor agrio cuando el forjador herraba los caballos. Estos campesinos habían mantenido una tradición agrícola milenaria que se remonta

¹ “The Onset of Childhood Amnesia in Childhood: A Prospective Investigation of the Course and Determinants of Forgetting of Early-Life Events”, Patricia J. Bauer y Marina Larkina, *Memory (Journal)*, vol. 22, nro. 8, 2014.

a la civilización celta. De esta, se conoce en efecto que estaba constituida por una mayoría de agricultores-criadores, famosos por la abundancia, la diversidad y la calidad de su producción. Se le debe también toda una serie de invenciones tecnológicas, la más espectacular de todas una segadora-cosechadora desarrollada en la región remense (Reims) y trévera (Tréves), mientras que en todas partes alrededor, durante la Antigüedad, se segaba todavía con hoz o guadaña. Plinio el Viejo ya evocaba esta máquina accionada por caballos, cuya representación fue hallada mucho más tarde en dos bloques de piedras esculpidas. Consistía en un carro de dos ruedas empujado, y no tirado, por el animal. Estaba provisto de una bandeja recolectora que, en el borde delantero, llevaba una hilera de filos dentados para segar en especial la espelta.

¿Por qué evocar estos orígenes lejanos y estas artesanías en desaparición? ¿Qué relación tienen con la caminata? Simplemente para revivir aquella estremecedora escena de un viejo campesino, durante una fiesta del poblado, que nos hizo por última vez una demostración de cómo sembraban el grano en el pasado. Jamás en mi vida he vuelto a ver caminar así, con paso regular, casi inexorable, pero entrecortado como por una corta vacilación, las dos manos extrayendo alternativamente de un amplio costal colgado al frente, para esparcir la semilla al voleo en el campo recientemente rastrillado, una vez a la derecha, otra a la izquierda. Jamás sentí semejante lazo de sacralidad entre la Tierra nutricia y el humano que la siembra.

Mucho antes, un gran poeta había sido embargado por la grandeza de aquel gesto. Victor Hugo me viene a la mente, en la última parte de “El sembrador”, una escena que se le presenta un atardecer:

Él camina por la inmensa llanura,
Va, viene, lanza la semilla a lo lejos,
Reabre su mano y vuelve a empezar,
Y yo medito, testigo oscuro,
Mientras, desplegando sus velos,

La sombra, donde se mezcla un rumor,
Parece expandir hasta las estrellas
El gesto augusto del sembrador.²

Frente a la entrada de la casa familiar, adonde llegaban mañana y tarde los campesinos para “colar” la leche que mi padre transformaba en queso, se erigía un gran olmo de triple tronco y hojas rugosas como papel de lija. Era el primer árbol que se ofrecía a mi vista cada vez que salía de casa para explorar poco a poco el mundo.

Este árbol se convertiría para mí en una “especie-tótem”, incluso durante mi tesis en ciencias naturales, donde iba a estudiar sus estructuras anatómicas en función de su dinámica de crecimiento. Uno de esos árboles importantes que bordearán mis caminos vitales y cobijarán mis sitios de descanso. De manera siempre más clara y con una evidencia aumentada me surge la pregunta acerca del vínculo real que puede tejerse poco a poco entre el ser humano y ciertos árboles notables que encontramos en nuestros senderos. ¿Hay allí solo coexistencias aleatorias sin implicaciones particulares o, quizás, interacciones, interdependencias mucho más sutiles y potentes de lo que imaginamos?

¿No hay más que oscura superstición en esa bella práctica que seguían los indios apaches chiricahuas en el nacimiento de sus hijos? Lo que su último jefe, Gerónimo, describe en sus memorias, sirve para reflexionar. De acuerdo con la antigua costumbre, la joven madre envolvía al niño en el tejido sobre el que estaba arrodillada durante el trabajo de parto y colocaba delicadamente al recién nacido así envuelto en las ramas de un árbol o de un arbusto frutal cercano. La razón de esto era que el vegetal revivía cada año y se deseaba que la vida de ese niño se renueve como la de ese árbol. Antes de colocar el vivo y precioso paquete en las ramas, la comadrona lo bendecía diciendo: “Pueda el niño vivir y crecer para verte transportar frutos

² “Saison des semailles le soir”, *Œuvres complètes: Les Chansons des rues et des bois*, Victor Hugo, Ollendorf, 1933, 30.

en muchas ocasiones”. A partir de ese momento, el sitio se volvía sagrado para el niño y para sus padres.

Más abajo de ese gran olmo, mis pasos me llevaban hacia un cerco de avellanos; todavía más abajo corría un arroyo tranquilo donde las truchas desaparecían subrepticamente bajo las piedras cuando nos aproximábamos; un arroyo que nos invitaba a seguirlo para ingresar en el bosque profundo. Estos senderos estaban bordeados de toda una variedad de plantas salvajes, hierbas, helechos y musgos olorosos. Había allí una flora exuberante que yo conocía y tuteaba, pero sin conocer todavía sus nombres científicos, ni nadie en el poblado que me diga sus nombres comunes. Próximos a los cercos crecían hongos morillas; en el bosque, eran rebozuelos y boletos. Mucho más que por las delicias gastronómicas que desplegaba con ellos mi madre, yo estaba ante todo fascinado, capturado por la magia y el encantamiento que desprendían esos hongos en el entorno de verdor musgoso donde aparecían. ¿Quizás había allí todo un pequeño pueblo invisible y alegre que se reía tranquilamente de mí?

Un poco más alejados que los senderos forestales, yo exploraba también los viejos caminos campestres. Como el poblado, eran testigos de las transformaciones de los paisajes tradicionales, operados por la modernidad que iba a desplegar sus tediosos tapices de asfalto y hormigón. En mis primeros años, recuerdo esos senderos de pedregullo y tierra batida, arenosa, donde brillaban como estrellas a plena luz pequeños cristales de cuarzo y partículas de mica. Estaban bordeados de plátanos, cuyo tallo uno se divertía en romper para que aparezcan los filamentos blancos de lo que más tarde aprendería que son finos vasos conductores. Estaba allí también la modesta margarita cuya flor es, de hecho, muy compleja, así como la manzanilla de perfume sutil, indefinible. Qué placer caminar sobre esos senderos bañados de luz que tantos otros habían recorrido antes de nosotros, y observar las huellas de mis pequeñas suelas marcadas en la arena fina. Más tarde, descubriré que esas superficies irregulares y complejas tienen el efecto de descansar las piernas y devolverles

una sensación de frescura tras haber caminado por mucho tiempo sobre el asfalto uniforme. Y esto ya desde los primeros metros de naturaleza recobrada.

Lo que me hizo realmente practicar la caminata día tras día fue el paso de la escuela primaria, ubicada en el centro del pequeño poblado, a la escuela secundaria, el colegio de una vieja villa situada a una decena de kilómetros. Nos dirigíamos allí tomando un viejo tranvía que recorría el campo, reemplazado más tarde por autobuses. Ahora bien, la parada más cercana estaba a tres kilómetros del poblado. A la mañana temprano, el coche postal nos llevaba allí, pero al final de la tarde el trayecto de regreso se hacía a pie. Al comienzo, una maestra de edad ya avanzada, la mujer del herrero, también viajaba así a la villa para enseñar. En los primeros tiempos, su rapidez de marcha me había impresionado, dejándome detrás por mucho. Pero, poco a poco, con ayuda del entrenamiento, el orden se invirtió.

No se trataba solamente de velocidad en esa ruta: la primera parada a menudo tenía lugar sobre un puente que atravesaba un arroyuelo en el cual se agitaban algunas truchas. Desde entonces, nunca he pasado por un puente encima de un río sin sumergir largamente mi mirada en busca de “mis” truchas. En ocasiones también, la marcha se volvía más lenta, pero esta vez por espesas borrascas de nieve que casi impedían ver el camino. Querer desafiarlas me producía una especie de júbilo que todavía me es inexplicable.

Así, poco a poco, un sueño, un deseo, una especie de pequeño jardín imaginario y secreto fue tomando forma dentro de mí: “Partir algún día a pie desde el lugar donde nací y crecí, para reunirme con el mar del sur más próximo, ¡el Mediterráneo!”. Este sueño está tejido de varios tipos de hilos. En primer lugar, están los relatos de vacaciones soleadas y exóticas de mis compañeros de colegio, de ciertas familias de profesiones liberales que hacían largos viajes veraniegos a países cálidos, mientras que yo, por mi parte, no había salido mucho del poblado. Cuando miraba la palma de mi mano izquierda y

contemplaba la “M” que forman sus líneas, me decía que también yo estaba aquí para recorrer y aprender a conocer el vasto mundo.

¿Por qué a pie? Porque cada vez le había tomado más el gusto, y cada caminata escondía su cuota de sorpresas y de ocasiones que a veces estimulaban la superación. Se había desarrollado también en mí la certeza de que el mundo es ciertamente vasto, pero accesible a cada uno al ritmo de los pasos, y mucho más de lo que uno se imagina.

¿Y por qué hacia el mar? ¿Acaso por haber jugado siempre en esos arroyos cuya fuente yo conocía pero sin saber hasta dónde podían fluir? ¿Acaso es la parte de misterio ligada a mi padre, que amaba la pesca y a quien solía acompañar, incluso en sus prácticas clandestinas, como cazador furtivo? Él estaba instintivamente allí en el momento justo, sin permiso, con una manera de estar en la naturaleza que no es clásica, sino salvaje, ocultándose, tomando atajos, entre perro y lobo. Anticipaba los momentos propicios, cuando la tormenta amenaza y las truchas están nerviosas al punto de morder todo lo que se mueve... Esas mismas truchas que yo observaba remontar los arroyos desde el mar, en la misma estación y desde tiempos inmemoriales, para el desove y la alegre perpetuación del ciclo de la vida. Esas truchas que ahuyentaba al caminar en el agua antes de verlas esconderse bajo las piedras, y antes de capturarlas, algunas veces, con mis manos en la corriente...



Esta primera edición se terminó de imprimir
en los talleres de Latingráfica SRL,
Rocamora 461, CABA, República Argentina,
en el mes de mayo del año dos mil veintiséis